hombre a quien tomaba por Enrique Dutton, que en breve debia ser su esposo!.... y creyéndose sin duda en las fiestas de sus bodas queria ocultar en el seno de su amante su ruboroso pudor de casada.....

—¡Hubiera sido tan dichosa al lado del noble Enrique! ¡Oh! Estevan, ¡qué estraño es que haya muerto al despertar de ese sueño horrible!

Pero aun no lo sabeis todo, y basta de lágrimas, cuando todavía no está vengada.

VII.

LA FALSA BODA.

Frank Perceval interrumpió un instante su relacion porque el dolor evocado no habia podido ménos de efectuarse con demasiada violencia en su estado de debilidad, al recordar sùbitamente unos sucesos tan terribles.

Al cabo de algunos momentos continuó:

—Parecia que habian olvidado mi presencia, pues nadie hacia reparo en mí, y el nocturno festin seguia su curso. La embriaguez se ecsaltaba mas a cada instante, y sucedia a veces que el ruido estrepitoso llegaba a cubrir los acordes de los intrumentos.

Su Honor tambien se animaba mas a cada momento, y el vaso de cristal pasaba continuamente de sus labios a los de la jóven cuyas facciones permanecian siempre invisibles para mí.

El la miraba, Estevan, y se notaba en sus ojos como se encendia la ardiente llama de un deseo, que se aumentaba de continuo y que le ecsaltaba hasta la pasion; y yo no podia ménos de temblar sobre el lecho en que me habian arrojado.

Siempre me acordaré de aquel instante de agonía en que cayó el velo para descubrirme la horrible realidad. Fuè aquel un sufrimiento sin igual ¡Dios mio! y yo que temo en este instante el ver desvanecerse lo que me resta de esperanza, de felicidad en este mundo, no dudo afirmar que ningun golpe podrá jamas partirme el corazon tan cruelmente.

Nosotros somos de una casa ilustre y orgullosa, Estevan; el inflecsible honor de las razas caballerescas me fué inoculado en la cuna, y la afrenta es mucho mas dura de soportar al que ha sido educado en las ideas de orgullo.

Y sobre todo ¡si supièrais cuanto la amaba!

Hubo un instante de silencio en que hasta la misma orquesta calló.

Entònces ví a la jóven cuyos movimientos observaba con tanta atencion, que levantó el vaso a la altura de sus labios, y casi en seguida oí su dulce voz que decia:

—¡Enrique, mi querido lord, bebo a vuestra salud!

Era la voz de Harriet.

Dì un grito terrible y me agitè, haciendo esfuerzos desesperados para romper mis ligaduras. Aquella voz me lo decia todo, todo lo que acabo de deciros, Estevan; su procsimidad al borde de un abismo y su locura que le hacia ver en èl un lecho de flores.

Mis gritos fueron apagados por el ruido de los vasos y la gritería de los brindis. La palabra de Harriet habia sido una señal.

Sin embargo, como yo continuaba gritando para hacer llegar mi voz hasta mi hermana, se levantó uno de los convidados y me azotó el rostro con su servilleta.

Una convulsion de rabia me diò la fuerza para romper una de mis ligaduras, y rodé algunos pasos de los almohadones.

—¡Qué demonio de mozo! dijo el fraile, ¡cómo ahulla!.... lo mejor será ponerle una mordaza.

—No, ¡oh! no, esclamé yo suplicando; dejadme, por piedad!.... Si mi hermana oye mi voz el acaso volverà en sí.

—¡Hola!.... murmuró el fraile; la cosa es posible.... ¡pardiez!.... ¡y eso no acomodaria mucho a Su Honor!...

Diciendo esto, enrolló la servilleta, y mis impotentes esfuerzos no pudieron impedir que me la atar asólidamente cubrièndome la boca.

Tratè aún de gritar, pero aquel infame sabia bien su oficio: me encontraba lo mismo que con una mordaza.

Me arrojé de nuevo sobre los almohadones y permanecí allí como una masa inerte.

Los otros convidados no se habian dignado volver la vista.

—Milores y gentlemen, dijo en este momento uno de los fingidos frailes, en cuya voz reconocí en seguida a M. Smith, el dueño de la casa de Raudal; esperàbamos hacer esta noche una linda presa, puestó que nos separamos mañana; pero es probable que el jòven duque de*** y su lady pasen por la casa sin tropiezo.... Mas esto no le hace toda vez que hemos hecho otra captura que parece ser del gusto de Su Honor.

Este discurso fué acogido con un *hurrak* general.

Hacian las arengas en una especie de jerigonza cuyo significado no comprendia amenudo; pero no obstante, por algunas frases que pude entender, me convencí de que estaba entre una parte de los miembros mas notables de una asociacion organizada para el robo y el asesinato.

Su Honor era el gefe superior de aquella sociedad, cuyo centro permanente era Lóndres, teniendo ramificacion con el estrangero, y los subterráneos de Santa María de

Crewe eran a la vez el lugar de refugio en caso de peligro y la *casa de recreo.*

—¿Y no habeis tratado de instruir a la justicia de la ecsistencia de esa terrible cuadrilla? interrumpió Estevan.

—Lo he intentado, amigo mio, respondió Perceval; pero M. Mac Farlane, que es el juez de paz del condado de Dumfries.... y que ha sido encargado de hacer las pesquisas, ha ahogado entre sus manos el asunto por dos veces.

Estevan acaso se arrepintió de su interrupcion, y guardó un silencio embarazado.

—Su Honor, segun lo que me pareció oir, estaba en el estrangero hacia muchos años, y solo hacia algunas escursiones a Inglaterra. Pero este estado de cosas iba a cesar, y el año siguiente debia volver Su Honor a Lóndres para poner en ejecucion un gigantesco plan de robo.

De modo que ese hombre debe estar ahora aquí, añadió Perceval frunciendo las cejas de repente.

Estevan fijó el oido con curiosidad, pero Frank no dió ninguna conclusion a su súbita salida.

—Parecióme, prosiguió, que algunos oradores aludian a planes combinados con mucho tiempo de anticipacion, y se bebió con entusiasmo a la salud de un cierto Saunders el Elefante, que debia llenar de oro por sí solo todas las cajas de la compañía.

Los nombres de Saundeurs y de Fergus fueron los únicos que se pronunciaron en mi presencia.

Aquel banquete era el último que debia tenerse en Escocia, y los sócios iban a dispersarse, llevando las instrucciones que se habian discutido en aquel congreso tenebroso.

Estas cosas, Estevan, tal vez os parezcan imposibles; mas ¡ah! ¡qué no daria yo por poder convencerme de que solo fueron un sueño! ¡y cuánto mas feliz seria sin la terrible realidad de mis funestos recuerdos!.... Pero al que quisiera dudar, amigo mio, yo le enseñaria una tumba....

Su Honor respondió brevemente y con una singular autoridad a las arengas de los oradores. Parecia estar muy fatigado de su discurso, y se volvia de continuo hácia Harriet como si hubiera hecho un crímen a sus subordinados de que le robasen algunos momentos a su dicha.

Concluido el último discurso se levantó y saludó a la reunion con una real cortesanía.

—Milores y señores, dijo sonriendo, para todo hay tiempo. Toda la semana hemos deliberado, discutido y combinado.... Ahora, descansemos en el placer....

A estas palabras sucedió una tempestad de aplausos.

—¡Fergus! ¡Fergus para siempre! gritaban con frenesí.

Al mismo tiempo, a una señal de Su Honor, empezó a tocar de nuevo la orquesta. Todos los intrumentos que la componian rompieron a la vez y la nave se llenó de una brillante y viva armonía.

Levantáronse algunas parejas y comenzaron a valsar, y al cabo de cinco minutos la mitad de los convidados daban vueltas al rededor de la mesa.

Pasados otros cinco minutos, ya no quedaban en sus sillas mas qne el gefe de la cuadrilla y mi pobre hermana.

El resto, arrebatado por un movimiento de vals, daba vueltas y mas vueltas en un círculo sin fin: mi vista se fatigaba de seguirlos.... Inmóbil como estaba, sentia sucesivamente, el perfume de los vestidos de terciopelo y el roce de los habitos de sayal.

Y la danza seguia con mayor rapidez cada momento;

las mugeres palidecian y los ojos de los hombres brotaban fuego.

Su Honor tenia siempre entre sus brazos a la jòven del peinador blanco; tocábanse sus bocas, hablando en voz baja, y mi pobre hermana engañada parecia muy dichosa.

En el momento en que el vals se hallaba en su mayor rapidez, se inclinó el gefe y besó la mano de mi hermana; despues atando la cintura de su toga. tomó a la pobre niña entre sus brazos vigorosos y descendió el escalon de su trono.

La orquesta calmó en seguida su movimienro para tocar uno de esos indolentes valses de Alemania, cuyas notas se balancean perezosamente y mecen el alma como las elegías de los poetas germánicos.

Entónces fuè cuando ví el rostro de mi hermana; porque era ella, Estevan... ¡Oh! mi desesperacion no me habia engañado....

Ella sonreía, la pobre insensata, dichosa de danzar en su baile de bodas; ella sonreía, y su sonrisa me desgarraba el corazon.

Llevóla Su Honor, y se mezclaron al movimiento de los demas que valsaban; poco a poco fueron deteniéndose las otras parejas fatigadas y queriendo ver, y bien pronto Harriet y su caballero quedaron solos. Aun me parece que la veo, Estevan, pasando risueña y feliz por mi lado en tanto que me encontraba atado y hasta privado de la palabra.... Aun parece que la veo el gracioso donaire de su esbelta cintura que se abandonaba confiada al brazo robusto de aquel hombre....

¡Oh! ¡aquel hombre!.... ¡cuánto le ódio, Estevan!

Un murmullo adorador les seguia, porque ambos eran hermosos.

Harriet sin embargo perdia el aliento, y apoyó con languidez su pálida frente en el hombro de Su Honor, que se detuvo en seguida y la llevó casi desmayada a un ancho divan que estaba a un estremo de la mesa.

La orquesta continuaba tocando el vals aleman.

Su Honor se dejó caer en el divan al lado de Harriet, lo que fuè una señal para que pronto se apagasen a la vez las mil luces.

Todo quedó sumido en una profunda oscuridad, y la orquesta cesó de tocar.

Mis ligaduras me entraron en la carne al desesperado esfuerzo que hiee para socorrer a mi hermanana en aquel terrible momento; pero todo fué inútil, y volví a caer vencido, mudo y anonadado.

Dios se compadeció de mí, pues perdí el conocimiento.

—¡Pobre amigo mio! murmurò Estevan, que estrechaba la mano de Perceval entre las suyas.

Este habia caido hacia algunos segundos en una proda insensibilidad; pero la voz de Mac-Nab le hizo estremecer.

—¿Dònde estaba? preguntó súbitamente; porque es preciso concluir esta cruel relacion, Estevan.... ¿Os he dicho que despues de aquel vals maldito se sentó el fraile al lado de mi hermana, y que se apagaron las luces por un soplo del infierno.... ¡Sí, debo haberos contado esto, pues me compadeceis mucho para que no sepais toda mi desgracia! Caballero, se trata aquí de una hijo de Perceval.... Juradme por vuestra salvacion que guardareis mi secreto....

—¡Oh! ¡Frank! esclamó Estevan, ¿necesitais acaso mi juramento?

—¡No! contestó Frank con tristeza; ¿os he pedido a vos

un juramento, Estevan?.... No.... compadeceos de mí... Escuchad, yo pienso que amaba a mi hermana mas aùn que a María....María, mi solo amor en adelante.... ¡Oh! ya lo creo.

—Ignoro el tiempo que duró mi desvanecimiento, añadió casi en seguida, y cuando recobré mi sentido duraba aún la oscuridad, reinando en la sala el mayor silencio.

Al cabo de una hora oí un ruido hácia las galerías en que habia errado durante la noche. Abrióse la puerta por donde yo entrè y aparecieron muchos hombres con hachas encendidas.

Aquellas luces alumbraron vivamente las consecuencias de la orgía: frailes y mugeres dormian revueltos.

Pero no era esto lo que buscaba mi vista; mis ojos se dirigieron en seguida con avidez hàcia el divan en que el gefe se habia sentado al lado de mi hermana.

Mi hermana estaba acostada sobre los almohadones y dormia. En cuanto al fraile, estaba en pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, y parecia absorbido en profundas meditaciones.

La luz de las hachas le sacó de aquel estado, y su primera mirada fué para mi hermana, a la que contempló un instante con compasion y amor.

Inclinóse y la dió un beso en la frente; despues quitándose su toga, la cubrió con ella como con un velo.

¿Habia alguna delicadeza en el fondo del corazon de este hombre, Estevan?

Hecho esto, se adelantó hasta llegar en medio de los que dormian y gritó con voz de trueno:

—¡Arriba, gentlemen! ¡arriba!

Los hombres se levantaron y las mugeres desaparecieron como por encanto.

La antigua nave habia cambiado completamente de aspecto. Alumbrada ahora, no ya por el cándido brillo de bugias, sino por la humeante claridad de las hachas, parecia vuelta a su verdadera fisonomia, vasta, sombría y misteriosa. La mesa cubierta de manjares, era todo lo que quedaba de la orgía de la víspera Los músicos habian seguido a lasmugeres, y solo quedaban en la capilla los frailes formando círculo al rededor de Su Honor.

—Milores y señores, dijo el gefe, he aquí llegado el instante de separarnos.... Estoy satisfecho de vuestras obras.... En cuanto a mí tengo aún mucho que hacer en el continente; pero creo que un año me bastará para ello.... pasado ese año, regresaré con algunos amigos fieles.... Hasta entónces, tened siempre presentes mis instrucciones; no olvideis nada, y obedeced.

Los frailes inclinaron la cabeza.

—¿Està todo pronto? preguntó Su Honor a uno de los hombres que llevaban las hachas.

—Los coches esperan cercá de la casa, contestó este.

—Vamos, señores, buena ventura, y hasta otra vista.

Todo el mundo se dirigiò a la puerta; pero en este momento volvió un fraile hácia el gefe y me señaló con el dedo diciendo:

—¿Qué debe hacerse de ese?

Su Honor dejó caer una mirada sobre mì.

—¡El hermano de esta pobre niña!.... murmuró.

—¿Es preciso?.... prosiguiò el fraile acabando el pensamiento con un gesto espresivo.

—¡Diante! doctor.... ¿A qué viene ese asesinato inútil?

—No es inútil, milord, respondió el doctor levantando la voz, y si consultamos con nuestros hermanos....

Esto era evidentemente un llamamiento. Los frailes se aprocsimaron.

—Doctor, respondió el gefe con la cabeza erguida, no me gusta que discutais conmigo.... Retiraos, señores.

—¡Pero este hombre puede perdernos! esclamó el doctor.

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmurò la cuadrilla.

Su Honor reprimió un gesto de violenta cólera.

—Milores y señores, dijo, no sabeis que nuestro retiro es imposible de hallar?.... En este momento ya no ecsiste la entrada que ha dado paso a esa jóven.... y ademas, ¿podria acordarse acaso de los mil rodeos de las galerías?

—¡Bien, ha venido una vez!.... interrumpió una voz

—Impedid que se interrumpa, os lo ruego, señores!.... os pido la vida de ese jóven.

Un murmullo sordo se dejó oír en la cuadrilla.

—Yo amo a esta niña, que es su hermana, continuó el gefe, y no quiero que esta noche la traiga otro recuerdo que el del amor....

El murmullo se aumentó.

—¡Que no quede en su memoria un pensamiento funesto al lado de una imágen!

—¡Con mil diablos, milord! esclamó una voz, ¿poneis semejantes boberías en contrapeso con nuestra seguridad.

Nunca visteis, Estevan, una trasformacion mas súbita que la que se operó en la tranquila y altiva fisonomía de Su Honor. Sus ojos lanzaban rayos y sus músculos se estremecian con violencia; su frente se enrojeció de pronto dejando ver la línea blanca de una cicatriz, tan clara y tan hendida, que se hubiera creido trazada por un pincel....

—¿De la ceja izquierda al nacimiento de los cabellos? interrumpiò Estevan.

—¡Precisamente! dijo Frank; ¿recordais mi sueño?....

—¡Recuerdo lo que he visto! Perceval, respondió Estevan con lentitud; me acuerdo del asesino de mi padre.... ¡Oh! ¡y es él; es él!